

## Breve reseña del sitio y toma de Valencia por el general Suchet (1812)\*

por

M. Palop Marín



VALENCIA sentía gran animosidad contra los franceses por la supresión de sus fueros, llevada a efecto por Felipe V como castigo a la adhesión prestada al Archiduque durante la Guerra de Sucesión. Estaba, pues, el ambiente preparado para secundar todo lo que se organizara contra Francia, por lo que Valencia respondió magníficamente a la iniciativa de los hermanos don Vicente y don Manuel Bertrán de Lis, que llevaron a Madrid una protesta por la entrada de las tropas francesas.

La noticia de lo ocurrido en Madrid el día 2 de mayo de 1808 fué leída, según costumbre, en la llamada plaza de las Pasas, dando lugar a que se activaran los preparativos de la revolución que se fraguaba y aumentarían los celos que inspiraba la conducta dudosa del capitán general, conde de la Conquista.

La jornada del 23 del mismo mes y año fué decisiva, ya que la lectura en la *Gaceta*, en la citada plaza de las Pasas, de la renuncia del rey Fernando VII soliviantó los ánimos y precipitó los acontecimientos. En el Padre Juan Rico y Vicente Doménech (a) *El Palleter*, encontró el pueblo los elementos necesarios para la puesta en marcha de sus deseos de reivindicación. Se nombró una Junta, en la que tuvieron representación todas las clases sociales, resultando como un renacimiento del espíritu foral latente desde hacía un siglo.

Las autoridades de Madrid enviaron al general Moncey para que sofocara la rebelión iniciada; dicho general llegó hasta los llanos de San Onofre y sitió a la ciudad. El pueblo, con su entusiasmo, consiguió se contestara negativamente a la intimación de Moncey, por lo que el

---

\* Trabajo presentado en la clase de Teoría y Metodología de la Historia, del Doctorado de la Facultad de Filosofía y Letras, a cargo del Dr. Alvarez Rubiano, durante el curso 1951-1952.

día 28 de junio atacaron los franceses a la ciudad, siendo heroica y decisiva la defensa de la puerta de Cuarte, dando lugar a la retirada de las tropas enemigas en la madrugada del 29, con pérdida de dos mil hombres.

Entretanto, Valencia, como la totalidad de las capitales de España, formó su Junta Suprema, que entró rápidamente en relación con las demás. La Junta Suprema de Galicia se dirigió, en 15 de junio de 1808, a las de Valencia, Murcia y Sevilla, buscando colaboración para concertar un plan general de ataque contra el invasor. Y poco después, en 16 de julio, era la Junta de Valencia la que se dirigía al resto de las españolas, mediante un meditado y oportuno documento, pretendiendo, al igual que la de Galicia, que se concentrara el poder de las provincias bien en unas Cortes convocadas al efecto, bien en un Cuerpo Supremo que reuniera en una autoridad las facultades de las Juntas, compuesto por los mandatarios de las mismas.

Granada contestó favorablemente a los deseos de la Junta valenciana, y, en fechas sucesivas, igualmente Mallorca, Castilla y León, Extremadura, Asturias y Aragón. Finalmente, Sevilla, que veía contrariadas sus ansias de predominio, se adhirió patrióticamente al deseo general, expresando su parecer en impreso remitido a Valencia en 3 de agosto.

Durante la primera quincena de septiembre acudieron a Madrid los representantes de Asturias, Aragón, Cataluña y Valencia, deseando, con Jovellanos, que el nuevo Gobierno o Junta Suprema Central, inaugurase su vida en la citada capital, para que su autoridad se viese rodeada de la majestad y decoro necesarios.

Planteado el problema de si la existencia de la Junta Suprema Central anularía totalmente a las provinciales, es la Junta de Valencia quien expresa con gran precisión su pensamiento sobre punto tan interesante, diciendo: «La Central entenderá en todos los puntos a que no pueda extenderse la autoridad e influencia de cada Junta Suprema aislada, y en aquellos de que el interés general exige se desprenda cada una para ganar en la totalidad lo que a primera vista parece que pierden en renunciar alguna fracción de la soberanía, que siempre será precaria si no se consolida y concierta». Y tras esto enumeraba los asuntos privativos de la Central, que debía entender «en todo lo que se llama alto Gobierno, paz y guerra; en la dirección de las fuerzas combinadas navales y terrestres; acuerdos de sumas precisas para la manutención del ejército y marina y nombramiento de los primeros jefes de ambos ramos; correspondencia con las Cortes extranjeras y nombramiento de ministros y agentes en la carrera diplomática; expedición de órdenes a nuestras Indias y Colonias, y dirección absoluta de aquellos negocios con la elección de sus empleados». Realmente, no cabe puntualizar mejor las atribuciones del órgano representativo de un Estado federal.

Valencia, antes del ataque, que resultó definitivo, en 1812, sufrió otra agresión dirigida por el general Suchet, considerado como el más afortunado de los generales franceses. La entrada de Suchet en el reino y, más aún la pérdida de Morella, alarmó profundamente al pueblo, que aprovechó este momento para que sus dudas sobre el conde de la Conquista encontrasen eco en la Junta Central, siendo sustituido en el mando de la plaza por don José Caro.

Suchet, en 6 de marzo de 1810, se presentó en las inmediaciones de la capital e intimó su rendición desde el Puig, emprendiendo la retirada días después. Se dirigió a continuación a Cataluña, conquistando Lérida, Mequinenza y Tortosa, consiguiendo así separar el Principado del Reino de Valencia e impidiendo que las tropas españolas de ambos territorios pudiesen prestarse ayuda. Continuando esta serie de victorias en Cataluña, Suchet se apoderó de Tarragona en 28 de junio del año 1811 (donde ganó el bastón de mariscal) y se disponía a seguir hacia Valencia.

El Consejo de Regencia hizo un nuevo llamamiento para continuar la lucha, esperanzado con la noticia de que el emperador de Rusia se disponía a declarar la guerra a Napoleón, llamando especialmente la atención sobre Valencia, amenazada por Suchet. Dicho organismo envió al general don Joaquín Blake, miembro del Consejo, con el fin de que se opusiera a los planes del general francés.

El objetivo primero de Suchet en esta última campaña fué el castillo de Murviedro. Sobre la situación defensiva de éste y su capacidad de resistencia había disparidad de criterios. En el *Diario de Valencia*, número correspondiente al 4 de octubre de 1811, aparece un artículo copiado del periódico *La Voz de Cuenca* del día 6 de septiembre del citado año, que dice: «Suchet, a quien nuestros publicistas daban en Logroño, entró en Tortosa el 5 de éste, y creemos nos viene con su ejército a hacer una visita, que será trascendental a Valencia. Hay algunos de nuestros dichosos pronosticadores que aseguran que no podrá pasar de Murviedro, lo que debe servir para el observador imparcial de materia de risa; porque ¿cuál es el estado de su ponderado castillo? El mismo en que le dejó el general Bassecourt, a quien se debe la fortificación de este baluarte, que no tiene más artillería que la que él le procuró por su amistad con el general Doyle. Toda ella se cree asciende a unas doce piezas de corto calibre las más. De obras avanzadas o exteriores, provisiones, pertrechos y demás artículos, no hablemos. Pues ¿y lo tocante a ejércitos que le defendan, de cuyo socorro carecieron Tortosa, Tarragona, Figueras, Badajoz, Ciudad Rodrigo, etc. ? Esto nos falta ver.»

El Excmo. Sr. D. Luis de Bassecourt contesta al anterior escrito desde Iniesta en 1.º de octubre, refutando lo relativo a la posible poca resistencia de Murviedro, diciendo que «será siempre antemural de

difícil acceso», como lo demuestra la experiencia. Elogia a los generales O'Donnell y Blake por los preparativos llevados a cabo para su defensa, y promete castigar al autor del artículo transcrito por su labor derrotista.

Llorente, en su *Historia de Valencia*, t. I, pág. 406, informa que «el mariscal Suchet dice en sus Memorias, al hablar de su paso por Murviedro en 1810, cuando se dirigió por primera vez contra Valencia: "Visitamos con curiosidad estas ilustres ruinas que recordaban los tiempos de Roma y el nombre de Aníbal. No se habían hecho aún en el cerro obras algunas militares. Se advertían acá y acullá muros ruinosos, restos de altares, piedras esculpidas, interpoladas con álces e higueras. En parte alguna se veía traza de disposición de defensa; nada anunciaba que próximamente, a los dos años, esta misma posición ofrecería al mismo ejército resistencia por largos días vigorosa y ocasión de sitio y batalla". El francés, rechazado de Valencia, amenazaba volver con mayores fuerzas, y el celo belicoso de sus defensores exigía oponer a su paso aquella barrera.»

El general Suchet recibió orden de Napoleón para que el 15 de septiembre estuviera lo más cerca posible de Valencia. Llegó pronto, antes de que Blake hubiera terminado sus trabajos de fortificación, ordenando éste que la Junta de Valencia se trasladase a Alcira ante el peligro.

Era gobernador del castillo de Sagunto, desde el 10 de agosto del año 1811, don Luis María Andriani, y cuando se presentó Suchet ante el mismo no estaban terminados los trabajos de atrincheramiento de la fortificación, la que parecía despreciable a los ojos de un general tan afortunado.

En los números correspondientes al mes de octubre de 1811 del *Diario de Valencia*, se recogen las impresiones de aquellos días y los medios tomados al efecto. Hablan del optimismo del pueblo ante la noticia de la llegada de refuerzos procedentes de Cuenca que caerían sobre Suchet, pero nada dicen del hecho concreto del sitio y toma de Sagunto, que, según algunos, fué muy duro. En 22 de septiembre fracasó un ataque que por sorpresa intentaron los enemigos, formalizándose el sitio poco después. Un segundo ataque, el 18 de octubre, fracasó también. Ante la situación apurada de los defensores del castillo, salió de Valencia el general Blake, dándose una batalla en Puzol entre los sitiadores y las tropas del citado general, resultando una completa victoria para los invasores. Perdida esta última esperanza de ayuda, Murviedro se rindió el 26 de octubre del año 1811. Juicios muy distintos se han emitido sobre la defensa del castillo de Sagunto y, en particular, sobre su gobernador Andriani.

En poder del enemigo el único baluarte defensivo de la capital, el

ataque no se haría esperar. Desde Sagunto hasta los arrabales de Valencia no halló el francés obstáculo alguno, en contra de la opinión de los patriotas, que confiaban en la naturaleza del terreno: plano cortado por multitud de acequias que dificultaban la marcha de la caballería y artillería. Esperaban, en fin, que por el patriotismo pudo haberse hecho lo que militarmente no pareció posible.

Blake quiso desviar la atención de Suchet mandando a don José Obispo con 3.000 hombres a Segorbe y a don Carlos O'Donell a Bétera, pero no lo consiguió, por lo que los soldados comenzaron a dudar de la suerte que les esperaba en los combates. «Blake —dice el conde de Torreno—, hábil general la víspera del combate, embarazóse al tiempo de la ejecución y faltóle presteza para acudir donde convenía.»

Suchet formó su línea defensiva de Paterna hasta el Grao, y Blake desde Manises hasta el mar. El Turia hacía más próxima o más lejana la presencia del enemigo y designaba por su curso los puntos para las obras en ambas líneas.

El *Diario de Valencia* del 31 de octubre publicaba una arenga de *El Verdadero Patriota* ante el avance de Suchet, alegando todas las razones que creía oportunas para levantar el espíritu del pueblo, haciendo resaltar el poco número del ejército francés, la repercusión que tendría su victoria en el ámbito nacional, el mantenimiento de la voluntad de ser libres, la censura de otras provincias que lucharon en peores condiciones, etcétera. Las fuerzas que tenía a sus órdenes el general Blake eran las del segundo y tercer ejército y la cuarta división expedicionaria. Estas tropas eran muy desiguales en calidad, y por lo general sufrían escaseces; la injusticia escandalosa de los ascensos y la arbitraria distribución de las pagas llenaban los ánimos de resentimientos y quejas. Los castigos eran, por lo regular, pocos; los odios personales se veían atizados por el chisme, y el general en jefe, sitiado por la adulación o perfidia, no podía conocer estos importantes pormenores que constituyen la fuerza moral de un ejército. Por otra parte, la esquivez de Blake para con el pueblo y el poco entusiasmo que demostraba habían hecho amortiguar el espíritu público.

El enemigo continuaba estableciendo sus obras con fuerzas muy inferiores, progresando en ellas rápidamente, porque el general Blake dispuso que no se le atacase ni aún parcialmente, ni por el ejército ni por los paisanos que deseaban emplear la bayoneta, el azadón y los combustibles. Hubiera podido Blake incomodar al enemigo con guerrillas, pero atento sólo a la defensa reglada de la capital, hizo enfriar el entusiasmo de sus habitantes, con los que apenas se contaba. Se procuraba persuadir a la gente de que nada importaban para la libertad de la capital los trabajos del enemigo, y el mismo Blake dió todo el valor que necesitaban esos rumores para ser creídos por los poco expertos, expi-

diendo una orden contra los ciudadanos que habían emigrado, exigiéndoles una contribución extraordinaria por su imprudente fuga.

Los buenos oficiales y los sensatos opinaban que el general Blake dejaría guarnecida la capital y que, cuando menos lo advirtiese el enemigo, se replegaría con el grueso de sus fuerzas sobre el Júcar. Por desgracia esta presunción se iba desvaneciendo, permaneciendo Blake en una inactividad inconcebible, hasta el punto de que, por espacio de sesenta y cinco días no vió ni reconoció personalmente la posición de sus tropas.

El comandante general de Navarra, señor Mina, dió avisos a Blake de los refuerzos que enviaban a Suchet, no variando estas noticias las disposiciones del general, llegando de este modo el día 26 de diciembre de 1811. Suchet deseaba embestir nuestra izquierda y envolverla por flanco y espalda, amagando de paso el centro y derecha. Pero este plan ofrecía muchas dificultades al ejército francés, acostumbrado a batirse en descampado. Tanto Blake como Suchet tenían gran empeño en el éxito de esta jornada porque Valencia era tan importante que llevaría al vencedor a la cumbre de la gloria.

Reforzado Suchet, atacó la izquierda de nuestras posiciones, vadeando el 26 de diciembre el río Turia por Ribarroja, teniendo que retirarse La Carrera a Alcira; casi al mismo tiempo se alejaba también en dirección al Júcar, después de una corta defensa, don Nicolás Mahy. Cuando advertido Blake salió de Valencia para socorrer a Mahy, se hallaba ya toda nuestra línea acometida o amenazada. Los españoles defendían el terreno palmo a palmo con bravura, con serenidad y con desesperación al fin. El objetivo de Suchet fué envolver a todo el ejército español y encerrarlo en la capital. Los jefes españoles tomaron diferentes rumbos: Mahy, La Carrera, Villacampa y Obispo se encaminaron al Júcar; y Blake, con Zayas, Lardizabal y Miranda se encerraron en los atrincheramientos que corrían desde la Torre de Santa Catalina a Monte-Olivete. Habert fué encargado por Suchet para pasar el Turia por su desagadero, consiguiéndolo no sin largas horas de combate, de forma que aquella noche quedó acordonada Valencia. Aún así hubiera podido salvarse gran parte del ejército antes de que Habert se uniese con Harispe, hacia el mediodía del 26. Incluso pudo verificarse la salida aquella noche, en concepto del consejo celebrado por Blake, pero se ofreció la dificultad de sacar de los atrincheramientos la artillería de batalla. No obstante, se decidió realizar esta operación la noche del 28 al 29, dejando encargado del mando de la ciudad a don Carlos O'Donell, con orden de capitular a su debido tiempo, consultando anticipadamente los intereses del vecindario.

Pero falló la tentativa y sólo un pequeño grupo logró salir, llegando al amanecer a Liria sin novedad. Blake, irresoluto, entró otra vez en la

ciudad, y Lardizabal no mostró aquella noche su característica intrepidez. A esto se atribuye el movimiento tumultuoso del pueblo, que al ver la apatía y la inutilidad del mando, no contuvo su indignación y fué preciso nombrar comisionados que recorriesen la línea para cerciorarse de su estado. Pero al salir por la puerta de Cuarte fueron presos y presentados a Blake, que se hallaba en Ruzafa. El general no sólo no sintió en esta visita, sino que mandó a algunos de los detenidos para que sirviesen en las baterías. Esto impelió a Blake a disolver la Junta, dando ocasión a que Suchet se aprovechara de estos disturbios para estrechar el cerco.

Sin pérdida de tiempo dirigió su ataque por la puerta de San Vicente y por Monte-Olivete, abriendo del 1 al 2 de enero de 1812 las primeras paralelas, no sin bajas.

Según los partes comunicados por un patriota desde Valencia, folleto encontrado en la Biblioteca Municipal de Valencia (B. Serrano Morales, Sgta. 352. A. 4, E. 6), el día 2 de enero «dirigió el General Suchet un parlamentario a Blake, ignorándose cuál sea su petición... La tropa española comete las mayores atrocidades en el saqueo de los conventos extramuros, no perdonando ni lo más sagrado de la religión católica. Reyna en el pueblo la desesperación más sombría; y los semblantes demuestran la ruina que indudablemente se espera y no se oye más expresión que la de: nos han vendido. Todo artículo de primera necesidad escasea; pero principalmente el arroz y el pan, porque las tahonas y molenderos de chocolate son insuficientes para el consumo de una población tan inmensa, aumentada en los últimos tiempos por la emigración, y singularmente por todo el vecindario de esta pobladísima Huerta.»

No pudiendo ya sostener Blake la línea exterior entró con todo su ejército en Valencia en la noche del 4 al 5, retirando la gruesa artillería y enclavando la que había de hierro. En *El Diario de Valencia* del día 4 se hace un llamamiento para la formación de partidas de guerrilleros y se notifica la instalación, desde el día anterior, de la Junta en la Casa Diputación del Reino. Y las del día 5 informan que el Consejo de Regencia da absoluta libertad a Blake para la defensa de la capital. El parte del *Patriota* del día 5 cuenta que entre dos y tres de la madrugada se advirtió movimiento en la línea, llegando el escuadrón de Numancia que estaba en Ruzafa, llenando de consternación al vecindario, porque eso suponía que los enemigos se acercaban; suposición exacta, ya que al amanecer estaban posesionados de los arrabales, sosteniendo todo el día fuego vivo de fusilería y cañón. Al anochecer empezó el bombardeo, continuando toda la noche, no sufriendose muchas bajas por tener dirigida la puntería al centro de la ciudad, sitio fuerte y espacioso.

Al terminar el número de *El Diario de Valencia* correspondiente al

día 5 de enero aparece una nota que dice: «El diario de los días desde 6 de enero hasta 1 de febrero, ambos inclusive quedó suspendido por haber principiado el bombardeo el ejército francés.» Y a continuación encontramos un llamado *Prospecto al Diario de Valencia* en el que se elogia todo lo francés, reconociendo la ceguera del pueblo español al considerarlos como enemigos; ataca a los religiosos y prohíbe publicar en el diario todo lo que no sea de interés para la ciudad, advirtiendo que la *Gaceta* será una recolección completa y exacta de todos los acontecimientos de Europa.

Posteriormente anuncia *El Diario de Valencia* que irá publicando todos los bandos dados por los franceses desde su entrada hasta la reanudación de la aparición del diario, por lo que hemos utilizado esos números.

El parte del *Patriota* del día 6 cuenta que prosiguió el bombardeo, aunque no con la insistencia de la noche anterior; sin embargo, las desgracias fueron mayores porque al ser de día no se podían sortear las bombas. El Palacio Arzobispal, con su preciosa biblioteca, fué pasto de las llamas. Se veían muchos cadáveres en las calles, y las tropas se acuartelaron, permaneciendo el general en su palacio. Sólo quedaron en las murallas algunos retenes de milicias y pocas tropas.

Y continúa el día 7 especificando que al anochecer del 6 se repitió el bombardeo con el mayor furor. Los enemigos tenían ya terminados sus preparativos para abrir tres brechas, creyéndose no se llegaría a esto porque, en vista de los destrozos, hambres, excesos cometidos y calamidades, no quedaría otro remedio que la capitulación. «Los comandantes de milicias, varios particulares y algunos eclesiásticos han pasado a hablar con el general», prosigue el comunicado. «Un frayle, con unos cuarenta o cincuenta patriotas necios, anda predicando por las calles, llevando enarbolado el estandarte de la fe; pero serán infructuosos sus esfuerzos, porque el pueblo se halla sin víveres, sin gobierno, con tres días de bombardeo, en los cuales hemos recibido del enemigo unas 5.000 piezas de espoleta. A las tres de la tarde se ha recibido una orden del general para que no se haga fuego de ninguna batería y se trata de capitular. Hemos suspendido el fuego, pero las baterías enemigas han continuado el suyo.»

Próximos los franceses a abrir la brecha, envió Blake en la tarde del 8 al campo enemigo oficiales que prometiesen la capitulación, bajo la condición de que se le dejaría evacuar la ciudad con todo su ejército, armas, etc., retirándose a Alicante o Cartagena. Suchet no aceptó la propuesta, y en su lugar fijó los artículos de una capitulación sencilla, con el aditamento de canjear dos mil prisioneros. Doce jefes formaron, por disposición de Blake, un consejo de guerra, y por fin se decidió admitir la capitulación, que se firmó el día 9, entrando en esa fecha los



enemigos por la puerta del Mar y ocupando la ciudadela. Al siguiente día salieron los españoles, en número de dieciocho mil aproximadamente, prisioneros para Francia, entre ellos Blake.

En la narración de los hechos difieren los comunicados ya citados de las restantes fuentes en unas fechas, siendo, no obstante, la relación semejante.

El mariscal Suchet nombró al barón Robert general comandante superior de Valencia, quien publicó en seguida una proclama glosando los artículos de la capitulación y ordenando la entrega de todas las armas, en el plazo de veinticuatro horas, bajo severas penas. Anunció al Ayuntamiento, días después, la próxima entrada en Valencia del general Suchet, ordenando se comunicara al pueblo y se tomaran las disposiciones correspondientes para solemnizar dicho día. El Ayuntamiento así lo hizo, publicando el itinerario que seguiría la comitiva, que fué: Puerta nueva de San José, calle de Alfondec, Caballeros, plaza de la Catedral, calles del Miguelete y Zaragoza, plaza de Santa Catalina, calle del Mar hasta la plaza de Santo Domingo y casa del conde de Cervellón, alojamiento del general. La tropa francesa, vestida de gala, cubrió la carrera. A las once de la mañana entraron algunos carros cubiertos y detrás de ellos, en brillante coche, la mariscal. A las doce, las campanas y salvas de artillería anunciaron que Suchet se acercaba. Rompían la marcha dos coraceros con pistola en mano y les seguían los demás con espada; detrás, la servidumbre del mariscal, los empleados de hacienda y hospitales del ejército, varios sujetos de consideración con sus uniformes y, por último, el general, a caballo, con todos los de su división y estado mayor, cerrando la comitiva la guardia de honor de Suchet. Llegado a su alojamiento, encontró al Ayuntamiento y en los balcones diecisiete oficiales de los cuerpos prisioneros. Las fuerzas desfilaron en columna cerrada delante del mariscal, terminando la fiesta a las tres de la tarde, para cuya hora se le tenía dispuesto un espléndido banquete. «La entrada de Suchet —comentan los partes— ha sido la de un monarca y no la de un general.»

Fueron convocados en días sucesivos los labradores guerrilleros, frailes, milicianos, artilleros y zapadores urbanos, incluso el cuerpo de artillería de estudiantes, para que se presentaran en la plaza de Santo Domingo. A los ancianos se les permitió regresar a sus casas y conventos y los restantes fueron conducidos, como prisioneros de guerra, a Sagunto, para ser transportados de allí a Francia.

La postura humilde del Ayuntamiento de Valencia y los obsequios que dispensó a Suchet, nombrado por la rendición de la ciudad duque de la Albufera, no evitaron muchas desgracias, entre ellas el fusilamiento de cinco religiosos en Murviedro.

El arzobispo de la diócesis, Fray Joaquín Company, llegó, procedente

de Gandía, escoltado por cincuenta coráceros con espada en mano. Al día siguiente se cantó en la catedral un solemne Te Déum; toda la tropa fué con el lujo máximo. A las once salió Suchet de su alojamiento, reuniéndose la mariscalá al séquito de su esposo. La catedral estaba adornada con sus mejores galas. Salieron a recibir a la comitiva ambos cabildos y el arzobispo, el cual, llevando al mariscal a su derecha, lo acompañó hasta el dosel que tenían dispuesto a lo soberano, y la mariscalá pasó a la tribuna. Se cantó la misa de medio pontifical y predicó el canónigo Mas, director del colegio de San Pablo.

Según el conde de Toreno, el arzobispo se ausentó en los momentos de peligro y a su regreso obsequió a los franceses; en cambio, el señor Boix justifica la ausencia por la avanzada edad del prelado, y el regreso, para ayudar al pueblo, consiguiendo en una ocasión de Suchet que suspendiese la exacción de un fuerte tributo que tenía decretado. Su presencia tranquilizó a los habitantes de la capital y restauró el culto. Falleció en 5 de febrero de 1813, siendo muy sentida su muerte por todos.

Los franceses, tratando de restablecer la vida normal en Valencia, dieron distintas órdenes respecto a los habitantes de la huerta aquí refugiados, cultivo de las mismas, demolición de los atrincheramientos, etcétera. También autorizó el mariscal la formación de una compañía de guías a caballo, exigiéndose determinadas condiciones para su ingreso y prometiendo igual trato que a las tropas imperiales.

Muchas de estas disposiciones fueron reiteradas con frecuencia, demostrándose con ello la resistencia pasiva del pueblo, único procedimiento entonces a su alcance.

Se celebró junta en la ciudad para el reparto de doscientos millones de reales en todo el reino como contribución por derecho de conquista, queriendo ver satisfecha dicha cantidad con la mayor rapidez, lo que apuró extraordinariamente a todos. A la ciudad correspondieron veinte millones. El pueblo y varias corporaciones pidieron la rebaja, y los propietarios no se ocultaban de comentar sus propósitos de no pagar por absoluta imposibilidad. Comenzaron a notarse las primeras consecuencias de esta medida: muchos vecinos cerraron sus tiendas y otros se ausentaron de la capital. El día 9 de febrero publicaba el *Diario de Valencia* lo siguiente: «Se hace saber al Público, que desde el día de hoy a las ocho de la mañana hasta las doce de ella, y por la tarde de tres a cinco, todos los que tengan plata labrada la podrán presentar en la Real Aduana, que se la admitirán en parte de pago de lo que les corresponda por razón de la contribución extraordinaria de guerra.» El número del día 13 del citado mes inserta un bando del mariscal aclarando, ante los abusos cometidos, quién tiene autoridad para imponer contribución o requisas, y cómo ésta no sería exigible hasta que la contaduría de la provincia hubiera hecho el oportuno reparto.

De la rendición de Valencia al invasor no fué responsable el pueblo valenciano. No estaba abandonada a la impericia de la ciudad su propia defensa. Lo que ella hacía con generosidad era derribar algunos de sus mejores monumentos, entre ellos el Palacio Real, los conventos de la Zaidía y de la Esperanza, etc., que podían ofrecer posiciones favorables al enemigo. Los partes de referencia dan una reseña final de la situación y dicen que mientras en la capital procuraba el enemigo cimentar su dominio por la seducción y el terror, sus destacamentos recorrían impunemente el reino haciendo sentir los efectos de su ferocidad. La junta se disolvió por sí misma, admitiendo el general Mahy esta dimisión, desconociéndose con qué facultades contaba el general para consentir la disolución de un cuerpo representativo, ni permitir que se diese con este acto un golpe tan mortal a la opinión. Los magistrados, empleados y parte de la nobleza siguieron el camino fácil de la sumisión. No hubo quien despertara el ardor amortecido por la desgracia y sostuviere la contienda contra la opresión extranjera. Pero más tarde, habiendo sucedido al general Mahy don José O'Donnell, se instaló una comisión encargada de comenzar la tarea patriótica de mostrar al pueblo la imagen de la verdadera patria.

El general O'Donnell reunió los restos del segundo y tercer ejército, aumentó diariamente sus fuerzas y restableció la disciplina y el orden, «reanimando el espíritu público con estas medidas, y ostigados los habitantes del reyno de Valencia por la monstruosa opresión de las hordas de Suchet, dan ya principio a la guerra patriótica, que sostenida y dirigida con todo el acierto que debemos esperar, tal vez le harán funesta al enemigo la dilatada ocupación de un terreno inmenso que exige fuerzas colosales para ser sostenido por mucho tiempo». Así termina el autor anónimo de «Los partes comunicados desde Valencia por un patriota, desde 1º de enero del año 1812 hasta el 17 de febrero», base de este trabajo.

#### APÉNDICES DOCUMENTALES

##### *Establecimiento de la Junta Municipal*

«7 de Marzo de 1812.—Instalación de la Junta Municipal.—A consecuencia de las disposiciones dictadas y adoptadas por el Gobierno se reunieron en la sala Capitular del Ayuntamiento de Valencia, siendo dadas las dos horas de la tarde de este día sábado siete de Marzo del año mil ochocientos doce los SS. Combesieyes Auditor en el Consejo de Estado, Intendente de la Provincia, Mr. Burgeoud Gefé de Batallón, y Comandante en esta Plaza, José Vallejo Corregidor de la Capital, Marqués de Carrus, Dn. Francisco Castillo y Dn. Vicente Pasqual de Bonanza, Dn. Vicente Juan Escoto, Dn. Josef Insa, Dn. Nicolás Mañas, Dn. Joaquín Salvador, Conde de Rotova, Marqués de Valera, Marqués de Benemegis, Barón de Frigmentani, Dn. Francisco Peyxolon, Dn. Bernardo Lasala, D. Dn. [sic] Vicente Bordialonga, Dn. Josef de llano, Dn. Antonio Echeveste, Dn. Rafael de Pinedo, Dn. Mariano Canet, Dn. Ignacio Baeza, y el Conde de Peñalvas electos para el obgeto quese expresará,

con asistencia de mi el infraescrito Secretario Dn. Joaquin Mascaros y Segarra; y también los SSres. Dn. Armengol Dalmau de Cubells Alcalde Mayor, Dn. Joaquin Guerau de Arellano, Dn. Mariano Rubio y Ferrer, Regidores, Dn. Antonio Ajos y Dn. Pedro-vicente Bel, y Dn. Antonio Gregorio Nogues Diputados del Comun, Dn. Teodoro Royo de Redo Sindico Procurador General, y Dn. Pasqual Antonio Ferrando y Gil Sindico Personero del Publico haciendo parte del Ayuntamiento de esta ciudad para celebrar el noble acto publico de la instalacion de una nueva Junta Municipal. Y hallandose juntos en la forma expresada por el dicho Señor Intendente se dixo = "Señores Corregidor Regidores, y Miembros de la Municipalidad: = estan Vms. convocados para prestar entre mis manos el juramento de fidelidad al Gobierno, que los adopta, y los protegera: Presten Vms. pues, juramento de obediencia a las Leyes, y fidelidad a S. M. Catholica Dn. Josef Napoleon Rey de España y de las Indias" =Señores: =La reputacion que les han grangeado, no menos su inteligencia e integridad, que la confianza del Pueblo, es conocida de Su Exa. que me encarga en este dia de instalar a Vms. en las nuevas funciones que se les confian: Esta Eleccion acreditara a la Ciudad de Valencia, quanto ocupa la voluntad de los que la gobiernan el cuidado desu felicidad. Y Vms. SSres. guardaran como se merece la ventaja de ver separar de sus atribuciones quanto podian tener de desagradable y censible: Estas se confiaran a los Tribunales, los quales cargaran con la responsabilidad harto grave de decidir las diferencias entre particulares: No esun cargo el que se impone a Vms. poniendolos a la frente de la Administracion de esta Ciudad, quieresi S. C. quesus funciones séan la recompensa de una vida honrosa, y sin tacha, que nada tenga de desagradable, Administrar las rentas de la Ciudad, disminuir mediante una reparticion justa, igual y proporcionada a las rentas de cada Individuo, las cargas que conllevan los Ciudadanos, disipar por medio de una vigilancia activa los disturbios y dicensiones populares; ser siempre para el Gobierno el instrumento precioso y directo de quese vale para afianzar la felicidad del Pueblo; tales son SSres. las obligaciones que a Vms. se les imponen: "Si es necesaria la asistencia de muchos para deliverar, uno solo deve poner en execucion los resultados de estas mismas deliveraciones. Se sigue de aqui, que el Corregidor sera elsolo encargado de la Administracion general; los Regidores le ayudaran en estas funciones importantes; le reemplazaran quando lo estime conveniente; le daran su dictamen quando los haya convocados, El Corregidor finalmente, deveres considerado como Cabeza de la Administracion, y los Regidores, como las manos activas que derramen los beneficios: "La Municipalidad devera deliverar sobre los intereses generales de la Ciudad, determinar las reformas que hayan de hacerse, las obras quehayan deponerse en planta, los medios, que deveran emplearse para el aumento de las rentas. Devera asi mismo presentar el estado de los gastos, y de las cargas que contrasi tiene la Ciudad, y al propio tiempo el modo mas sencillo, y menos gravoso desatisfacerlas. La misma Municipalidad esta especialmente encargada de patrocinar los intereses de los havitantes haciendo resultar en su provecho todos los sacrificios que exija de los mismos, y de proteger por medios acertados los establecimientos presiosos creados en favor de la humanidad. = Señores: Deven Vuestras Mercedes considerarse como cabeza de una numerosa familia: Todos sus desvelos y tareas redundaran en provecho de sus hermanos, parientes, y amigos. Tales servicios no piden otra recompensa que el agradecimiento de sus conciudadanos, el reconocimiento publico, la benevolencia de S. E. y la ternura del Soberano, que siempre derramará sus beneficios con liberalidad sobre un cuerpo tan respetable recompensando en él el amor del Pueblo de quese reconocerá deudor a su administracion sabia e imprensible, y condecorará los individuos con distintivos que acreditará su eleccion y los haran reconocer y respetar de los ciudadanos: "Y V. M. Señores (dirigiendose a los SS. que hacían parte del Ayuntamiento, y terminaban en su cargo) que despues de largos y penosos servicios hechos en tiempos tan aciagos van a restituirse al Seno de las familias, sus obligaciones acia el Gobierno estan cumplidas; deven Vms. dar el ejemplo a susconciudadanos los quales acostumbrados de verlos a su frente fixaran sin cesar sus miradas sobre Vms." En fin (hablando con la nueva Municipalidad) la Superior penetracion de S. E. ha sabido distinguir los talentos, y las virtudes, todo se lo promete de sus esfuerzos. Vms. acreditara que si Valencia fue desgraciada y culpable baxo unos administrado-

res preversos, vuelve a su tranquilidad, feliz, y sumisa a las leyes, siendo dirigida por unos hombres recomendables, cuya provididad y celo son tan notorios. Todos nos reuniremos para alcanzar este fin tan deseado. Todas las pasiones se apaciguarán y lograremos quizá arrancar de los Libros de la Historia las páginas ensangrentadas que nos recuerdan tan crueles sucesos”.

Seguidamente el Sr. Bugeau Comandante de la Plaza añadió: "era encargado de manifestar, y deberán estar entendidos de que el Gobierno y todas las autoridades militares, protejeran, y auxiliaran con las armas las operaciones de esta Junta para que al paso que los individuos se desvelaren en tomarlas mejores medidas para la administración publica, tuvieran sus determinaciones toda la fuerza y energía, que era correspondiente”.

Y por el Sr. Corregidor Dn. Josef de Vallejo, se manifestó a dichos SSres. con las expresiones mas sinceras, los deseos de que se hallaban animados los individuos de la Municipalidad, para emplearse en el servicio publico, y del Gobierno, al que tributaban las devidas gracias por la eleccion que de ellos se había servido hacer y a la que procurarían corresponder con las obras”.

Con lo qual, y quedando instalada la nueva Junta Municipal, segun las intenciones del Gobierno, se procedió al Juramento por los individuos de la misma notados al margen, segun la formula prevenida, ante el Sr. Intendente de la Provincia Presidente que prestarón en el modo siguiente: Juro obediencia a las Leyes, y fidelidad a Su Majestad Catholica Josef Napoleon primero, Rei de España y de las Indias.

(Los anotados al margen son: Sr. Corregidor Dn. Jose de Vallejo.—El Marqués de Carrus, Dn. Francisco Castillo, Dn. Vicente Pasqual de Bonanza, Dn. Vicente Juan Escoto, Dn. Joseph Inesa, Dn. Nicolas Mañez, Dn. Joaquín Salvador, el Conde de Rotova, el Marques de Valera, el Marques Benemegis, Baron de Trigestani, Dn. Francisco Peixolon, Dn. Bernardo Lasala, Du. Vicnte Bortalonsa, Dn. José de Llano, Dn. Antonio Echevete, Dn. Rafael Pinedo, Dn. Mariano Canet, Dn. Ignacio Baeza, el Conde de Peñalva, Dn. Joaquín Mascaros y Segarra, Secretario.)

(Sección de los *Libros de Acuerdos* del Archivo Municipal de Valencia, Sign. D., 211.)

## II

### *Bando*

«Don Josef de Vallejo, Oidor de la Real Audiencia de este Reyno de Valencia, y Corregidor de la Capital del mismo

Habiendo mandado el Excmo. Señor Mariscal del Imperio Duque de la Albufera, que en la noche del día de mañana, haya iluminación general con el pausable motivo de ser el de Su Majestad Católica (que Dios guarde) mando que los vecinos y habitantes de esta capital iluminen sus fronteras la referida noche. Dado en Valencia a diez y ocho de Marzo de mil ochocientos doce.—*Jose de Vallejo*.—(Firmado y rubricado).—*Dn. Joaquín Mascaros y Segarra*.—Firmado y rubricado.»

Sigue la certificación de la comparecencia del pregonero Manuel Badenes de haber publicado el Bando por la carrera que ejecuta la Procesión del Corpus.

(*Libro de pregones de los años 1810 hasta 1836*, Archivo Municipal de Valencia.)

## B I B L I O G R A F I A

*Partes comunicados por un patriota desde Valencia*. Cádiz, 1812, S. M. 352, A-4, E-6.

RICO, JUAN: *Revolución de Valencia en 1808*. Cádiz, 1811, S. M. 338.

BALLESTROS BERETA, ANTONIO: *Historia de España*. Barcelona, 1936, tomo VII.

LLORENTE, TEODORO: *España. Sus monumentos y artes. Su naturaleza e Historia*. Valencia — Barcelona, 1887, t. I.

BOIX, VICENTE: *Historia de la ciudad y reino de Valencia*. Valencia, 1845, tomo II.

ZABALA, PÍO: *Historia de España*. Edad Contemporánea, tomo I.